

Esterilización

El Rey debía enviar en misión suicida a un voluntario, que salvaría al reino –a costa de su vida seguramente. El bufón gritó repentinamente “que vaya el Príncipe, que vaya el príncipe”.

“Debes ir tu”, le dijo, insolente, el Príncipe. “Yo no iré, ya que si voy, no es que vaya a fracasar en mi misión, sino que ni siquiera recordaré de qué se trata la misma”. Le respondió el bufón. Y escapó del recinto real entre risas demenciales.

Las primeras nociones de lo que podría haber sido un inexacto preámbulo del Advenimiento –aunque innegablemente premonitorio- fueron para mí las sesudas especulaciones de H.G.Wells en ***La guerra de los mundos***. Allí el vigoroso creador de la más original ciencia ficción, mostraba al mundo la imagen horrible de unos invasores malvados, que finalmente fracasaban en sus infames intentos de invasión, al ser presas de una bacteria mortal para los nefandos visitantes. Otras especulaciones posteriores no fueron menos felices y ni más agudas, pero siempre muy creativas y posibles. Brian Aldiss habla en ***Herejías del Dios Inmenso***, de un descomunal insecto interestelar que se posa sobre nuestro planeta, como si en una ciruela regular se posara una cigarra de cuatro centímetros. Su tamaño rebasa el de un continente. Alguna vez se desplaza. Imaginemos el caos...

J.Stewart vaticina cataclismos y ciudades en decadencia en ***La Tierra permanece***, donde el ocaso del hombre es inexorable. Al igual que en ***Ciudad*** de Clifford Simak, donde perros y hormigas toman la posta de quedar a cargo del planeta como la especie dominante. Los *websters* (hombres), decaen para fenecer finalmente. La evolución sigue su proceso felizmente.

Una bonita película de la década del cincuenta de la cual se hizo una aceptable versión hace no mucho –***El día que la tierra se detuvo***- muestra con credibilidad a una raza de seres superiores con millones de años de evolución, que evalúan a través de sus comisarios interespaciales la viabilidad o no de nuestra civilización. Nuestras guerras y nuestro odio les son indiferentes, pero la posibilidad de que continuemos arrojando basura al espacio, y de que abandonemos el planeta como una plaga que salta de una fruta a otra no son aceptables. El veredicto es riguroso.

En las filosóficas palabras de Arthur Clark en ***El Fin de la Infancia***, se nos aparecen de visita los Superseñores, otra raza evidentemente mucho más evolucionada que la nuestra. Proscriben la muerte como herramienta y el asesinato. En la primera corrida de toros desde su arribo, la estocada del criminal torero es padecida por toda la humanidad al unísono. Estamos ultrajando el regalo recibido.

El ser humano evoluciona, pero no le da el tiempo. La extinción es insoslayable.

Muchas palabras se escribieron y se hablaron, para especular sobre hipotéticos sucesos catastróficos para la humanidad (la plaga), sublimes para la madre Tierra.

Nadie imaginó cómo sería el proceso.

La Nave llegó a fines del año 2020. No tenía la apariencia que la inmensa mayoría de la gente del mundo imaginó previamente al Advenimiento, al Arribo, a la Revelación, al Castigo Final.

No se parecía en nada a los que los científicos habían imaginado. Ni a lo que habían soñado los místicos, ni los carismáticos. No tenía similitudes con las imágenes sagradas clásicas, ni con los delirios más abstrusos. No había sido previsto en manicomios, ni bajo el influjo de drogas alucinógenas. Referir los apelativos que más se popularizaron en aquellos remotos días para aludir al milagroso evento en sí, a los ¿seres, entidades?, que protagonizaron los mismos, a la manera en que se trasladaron a través del universo, sería tan tedioso como incompleto. Con lo que se irán intercalando para que el lector saque -dentro de su contexto- sus propias conclusiones. A la babélica confusión de lenguas y dialectos de nuestra humanidad, sumemos todas las palabras que en cada una de esas manifestaciones de nuestra cultura pueden haberse pergeñado para describir lo sucedido, y a sus protagonistas.

Llamamos Dios a Dios en todas nuestras civilizaciones. Pero para esto evidentemente no estábamos preparados.

La nave inmensa tan sólo se detuvo sobre la atmósfera, y esperó ciento trece años, que fue lo que el último ser humano tardó en morir de manera natural. No fue necesario un solo disparo. Una sola bomba. Un solo rayo láser. La nave y sus tripulantes no venían a matar. Venían simplemente a “limpiar”. No querían nuestros recursos –que no eran evidentemente nuestros sino de la Tierra, o del éter mismo. No buscaban comida, ni fuentes de energía, ni redención siquiera. No querían invadirnos ni doblegarnos. No eran como los europeos asesinando a la población autóctona americana durante la “colonización” ni les importaba sojuzgarnos. Tampoco como los despiadados orientales. Ni como todos nosotros con el ganado y ciertos animales inteligentes como los delfines, Aborrecían el asesinato y la violencia generada. La naturaleza mata y es violenta, pero...

La misión de los Enviados fue simple: esterilizar a la especie humana.

Nos llevó años darnos cuenta de que los medios habían sido el agua y el oxígeno, comunes a todos los seres humanos y esenciales para su supervivencia.

El ser humano languidecía.

Los místicos se manifestaron menos sorprendidos que los seculares. La teoría apocalíptica quedó refrendada. La última concepción registrada en el planeta fue el día 3 de agosto de 2020 a las 14.32hs. (o al menos esa fue la cifra utilizada convencionalmente, para marcar el principio del “ocaso”. A partir de ahí, no se volvió a registrar un embarazo en todo el planeta).

De todos los seres de la creación, el único que fue asolado por esa plaga, fue la especie humana.

La razón –palabra nunca mejor empleada que en este caso- fue ajena primero a la especie “dominante” en el planeta, hasta que alguno de sus lúcidos pensadores dio en la tecla.

A través de las primeras lluvias desde el advenimiento, la Molécula Esterilizadora se derramó sobre el trigo, los autos, los edificios, las piscinas, las camas, las cocinas, los sueños, el agua del mar, los sembradíos, los ríos, los animales, las gentes todas del mundo.

Quedaba claro como el pecado de soberbia había ennegrecido el corazón humano. Un delfín o un murciélago no necesita desarrollar la tecnología necesaria para fabricar un radar o un sonar. Lo tienen instalado en su cerebro gracias millones de años de evolución. En el caso del ser humano, su bestial intelecto no le permite ver. Es una malformación evolutiva que anula sus otros sentidos. Su capacidad espiritual, que cede ante el engaño de las tecnologías.

ELLOS comenzaron a llevar un registro de nuestras acciones a partir del momento en el que dominamos el fuego. Y si bien nos habían observado como especie nueva en sus sesudas investigaciones intergalácticas, pusieron especial atención en nosotros entre 1940 y 1969 (segundos efímeros dentro de sus inmemoriales eones), cuando fisicamos el átomo, lo usamos luego para matarnos unos a otros, y dimos el primer salto fuera del planeta al visitar la Luna.

Con nuestra tecnología, era imposible que entendiéramos la lógica de ciertas realidades y problemas que la Visita planteaba. ¿Desde cuándo nos observaban? ¿Cómo lo hacían? Así usaran agujeros de gusano para trasladarse ¿cómo eran las comunicaciones en las dimensiones astrales? Las señales de radio o el medio que fuera, tardarían años luz en llegar de un lugar a otro. ¿Utilizaban algo similar a nuestro ficticio ansible?

Hasta que el Prof. Heinz Schamberger postuló, hacia finales de la primera década del Advenimiento, que la solución para las comunicaciones eran los neutrinos fantasmas.

Los científicos calculan a principios del siglo XXI la edad del universo en unos ocho mil millones de años. La del sistema solar y del planeta Tierra en unos cinco mil, y la de la aparición de la vida con los primeros trilobites en nuestro planeta de hace unos cuatro a cuatro mil quinientos millones de años. Pretender que la especie humana tuviese alguna clase de privilegio o mejora respecto de cualquier ensayo anterior de la naturaleza parece menos temerario que estúpido. Sin ponerse exageradamente platónicos, no hace falta ser un estadístico para entender que el ser humano como especie, aún no existe.

Organizaciones sociales probadas como las de muchas especies de hormigas y abejas simplificaron hace millones de años –antes de nuestra aparición claro- el problema de la sustentabilidad y el espacio vital. Al igual que el virus, el ser humano en su brevísima experiencia usa, contamina y extingue a su paso. Luego, se mueve en búsqueda de otra víctima ambiental que expoliar. Por eso la imagen de una plaga que tras estar pudriendo una manzana salta a la contigua, fue intolerable para los Punishers (otro de los apelativos con los que comúnmente se los conoció); y al vernos saltar a la Luna decidieron, razonablemente, tomar cartas en el asunto.

Para una civilización de semejante desarrollo tecnológico y espiritual, no tenía mucho sentido trasladarse físicamente. Bastaba con enviar a las sofisticadas máquinas que –excepción de sentir- podían realizar cualquier tarea que un ser humano o ser alguno pudiera desarrollar, con mucha mayor eficacia y eficiencia.

Nosotros somos los extraterrestres. Ellos vinieron sólo a desalojarnos, como bien podrían haber hecho los pueblos originarios de América con los invasores europeos. O como a un mal inquilino. Panspernia: al igual que la Plaga esterilizante; nosotros, nuestro ADN, el inicio en la vida terrestre, llegó del verdadero más allá hace 4.500 millones de años. Una explosión en el planeta o astro de origen, arrojó al espacio desechos con material biológico, que viajó por el éter hasta estrellarse con la tierra, desarrollándose en nuestro planeta y ocupándolo. Organismos como la tardígrada... Los meteoritos que ocasionalmente se estrellan en nuestra superficie transportando aminoácidos –principio elemental de la vida- dan buena cuenta de esta posibilidad.

La especie humana se había encargado en menos de trescientos años, de generar un cataclismo de la dimensión que el que produjo la extinción de los dinosaurios, o la del volcán mitológico del que refieren muchos estudios y famas. La inteligencia, el intelecto, el pensamiento; o como quiera llamarse a la diferencia o deformación evolutiva que como especie tiene al ser humano a cargo de la destrucción de sí mismo con la afección que eso pueda producirle al planeta. Esa malformación evolutiva que ha llevado a este género novedoso en la Tierra (menos de tres millones de años como especie ante los cuatro mil quinientos millones de años que lleva la vida sobre ella), a estar al borde de la extinción de sus recursos y por ende la eliminación de sí misma. A pesar inclusive de las falaces clonaciones que como manotazo de ahogado tiró la especie. ¿Suicidio? No parece serlo. Más bien un error de la madre naturaleza, que en su laboratorio inmenso ensaya caprichosamente como el verdadero Dios con la vida y las cosas. Manipulando y probando. Ensayo y error tras ensayo y error.

Pues al corregir varios de estos desvaríos –innecesarios para civilizaciones infinitamente más evolucionadas emocional, espiritual y tecnológicamente que la nuestra- es que vinieron en la hora milagrosa del Advenimiento los Enviados, los Elegidos, los Correctores; y decidieron eliminar la especie. Simplemente como lo hacemos nosotros con una plaga en el jardín de nuestra casa. Sólo nos resta especular si las abducciones que durante años fueron denunciadas por gran cantidad de seres humanos, no fueron producto del accionar de estos seres ancestrales, para estudiarlos y, si se quiere, coleccionarlos. Ya borrados de la faz de la tierra e insertos en un zoológico intergaláctico, como ya pergeñara en el pasado una mente más privilegiada que la mía.